

LOS CASTILLOS SEGOVIANOS

Castilnovo

POR SATURNINO G. LOPEZ TAPLADA

Todos los castillos segovianos tienen su juglar, un infantuelo, siempre alegre y bullidor, son sus riachuelos, que bajan de la Carpeto-Vetónica presurosos, riscos abajo, para sosegarse luego en gentil reverencia ante sus muros y pulsar las cuerdas de su linfa, su cristalina vihuela y entonar el dulce romance de añejas cadencias, entreveradas de pastoril acento y noble prestancia histórica y legendaria...

Este riachuelo, nombrado serrano, honrando su cuna, es en su agreste cauce llamado Prádena, y luego, Murera, en el llano, y Marijaye, en «La Pedriza», do vierte su menguado caudal amoroso al profundo regazo del Duratón, en la comarca sepulvedana.

Y es en su curso medio cuando describe una graciosa curva entre predios labrantíos y concertando sus sonos armoniosos con los chopos ribereños, ante los muros se desliza mansamente, cabe el castillo de Castilnovo, que se eleva arrogante sobre el alcor, atalayando un espeso monte de verdegueantes enebros, encinares y carrascas y vastas tierras de pan llevar, sobre el arcón violáceo de la sierra—celoso guardián de los ocasos—, confiriendo a la fortaleza, entre el bosque, la inefable seducción de una viñeta arrancada de los cuentos de Perrault, Grimm o Andersen, habitáculo de hadas hechiceras, gigantes trotamundos o geniecillos traviesos...

Este castillo de Castilnovo es, al decir de anejas versiones, el más antiguo de toda la provincia: sus sillares carcomidos de centurias, la ruda configuración de algunos elementos proclaman su notoria vetustez, a la par que su evidente origen morisco en la factura arquitectónica de sus elementos: el ladrillo y la mampostería y esas graciosas hiladas de ladrillo que ciñen airoosamente algunos torreones cilíndricos de los seis perdurables en que campea dicho estilo, confiriendo austeridad, gracia y armónica prestancia, amén de algunas arcadas ajimezadas gentilmente abiertas en el espeso muro del recinto, de planta cuadrangu-